

Por José Luis Alemán S.J.

La forma de pensar y de actuar de toda persona individual depende en un grado muy notable de su medio social. El "medio social" condiciona desde los primeros días de la vida el campo de nuestros intereses y problemas y nos enseña a pensar, sentir y actuar de acuerdo con la forma típica con que lo hacen las personas que nos rodean. Una breve experiencia con personas que han crecido en un medio social diferente del nuestro nos muestra rápidamente el influjo diferenciante del medio sobre los individuos: un joven campesino de un apartado campo piensa y actúa distintamente de un joven obrero o de un joven crecido en una familia de profesionales.

Más aún el mismo tono rebelde y antiinstitucional que acompaña la maduración del joven no puede ser interpretado razonablemente sino como un esfuerzo de liberación del individuo respecto al medio que amenaza absorberlo plenamente. La ausencia de esta rebeldía equivaldría, ni más ni menos, al aniquilamiento de la persona y a la deificación del medio.

El proceso mismo de maduración humana aparece así como una lucha dialéctica entre el medio social, que reglamenta y condiciona las formas de vivir del individuo, y la tendencia a la autoafirmación.

En consecuencia podemos afirmar que sociedades extraordinariamente integradas, dotadas de un sistema de valores y de normas de conducta comprensivo y coherente, dificultan enormemente las posibilidades creativas del individuo. Otras sociedades, en cambio con variedad de grupos sociales diferenciados en su sistema de valores y de normas de conductas permiten mucho más fácilmente el nacimiento de formas nuevas de conductas *individual*, que en su día se condensarán en nuevas formas *sociales* de vida.

Dentro de los grupos que constituyen nuestro medio social ninguno ejerce un influjo tan permanente y profundo sobre el individuo como la familia. Los primeros esquemas mentales para interpretar la experiencia, el tono afectivo original de nuestras vivencias y la misma instrucción elemental sobre el mundo y su significado —brevemente la "concepción del universo"— los recibimos en contacto con las personas que forman nuestra familia.

Con referencia continua, aunque generalmente inconsciente, a este marco de valores y de conducta va el joven interpretando su propia experiencia individual y social hasta llegar en un proceso largo y laborioso, lleno de enormes tensiones entre lo recibido de su familia y lo vivido por él, a adquirir su "concepción del universo". Concepción del universo que puede coincidir básicamente con la de su familia, pero que puede también colidir con mayor o menor violencia con ella.

La probabilidad de esta colisión violenta se convierte en certeza moral

cuando todo el sistema social, dentro del cual está incardinada la familia, entra en un proceso de cambio brusco y radical. Este cambio global y rápido de la sociedad altera no sólo el influjo relativo de la familia sobre el joven, sino también y fundamentalmente la correspondencia entre la "concepción del mundo" adquirida por los padres en tiempos anteriores a la introducción del cambio y la realidad del recién nacido, y aún carente de contornos perfectamente definidos, nuevo sistema social. En estas circunstancias resulta perfectamente imposible que los padres puedan entregar a sus hijos una "concepción del mundo" coherente con la nueva e imprecisa realidad social. Imposible porque no existe aún la posibilidad de integrar una realidad social cambiante en el esquema de una "concepción del mundo". Si los padres pretenden entonces seguir insistiendo en una "concepción del mundo" que choca obviamente con la realidad social, —y la tentación a hacerlo es enorme, aunque no sea sino para impedir un vacío interpretacional— el conflicto padres-hijos es inevitable.

Aunque parezca innecesario indicarlo, conviene recordar que no estamos aquí frente a un problema estrictamente generacional nacido de la diversa etapa de maduración psicológica entre los padres ya en posesión de una "concepción del mundo" propia y los jóvenes esforzados en ponerla en duda por necesidad de autoafirmación. Cuando la sociedad cambia brusca y profundamente el conflicto es mucho más radical: la interpretación del mundo de los mayores es positivamente falsa. El conflicto se plantea a nivel social y no a nivel psicológico tan sólo.

La única posibilidad de evitar este conflicto social entre padres e hijos estriba en la renuncia expresa de los padres a querer imponer a sus hijos su ya inadecuada "concepción del mundo" y a concentrarse a ayudarlos al análisis sereno y crítico de la nueva sociedad, sin tratar de interpretarla exclusivamente dentro de su antiguo esquema interpretativo. Tarea educativa formidable que excede innegablemente la capacidad de la mayoría de los padres. Las consecuencias de esta, creo que realística afirmación, son muy serias. Hay que aceptar, probablemente para más de una generación, que la gran mayoría de las familias experimentará una tensión interna extrema, y que muchos de nuestros jóvenes, carentes de un guía capacitado, no pudiendo integrar satisfactoriamente sus vivencias en una "concepción del mundo" adecuada tratarán de suplirla con una interpretación más o menos peregrina, inaceptable para las generaciones mayores. Se crea así una subcultura privativa de los jóvenes con acentuación de valores, actitudes y conductas incomprensibles e incluso ofensivas para la gran mayoría de los adultos.

Expuesta esta hipótesis fundamental sobre la relación sociedad - familia - joven, tratemos de aterrizarla al caso dominicano. En primer lugar examinaremos los principales cambios que han tenido lugar en el sistema social dominicano y su probable incidencia en la familia y, a través de ella, también en el joven. En segundo lugar trataremos de exponer el resultado de algunos estudios sobre el estudiante de término de bachillerato hechos en el Centro de *Investigación y Acción Social*.

Los principales cambios sociales que en la última década han gravitado sobre la familia dominicana pueden reducirse a los siguientes: rápida apertura de la sociedad a modelos de ordenación social anteriormente reprimidos por la fuerza, crecimiento vertiginoso de la urbanización y de la socialización, descrédito de la autoridad.

a) *Rápida apertura de la sociedad a modelos de organización social anteriormente reprimidos por la fuerza.*

República Dominicana estuvo eficientemente aislada del resto del mundo en una etapa de la historia latinoamericana en la que se iban gestando dos concepciones culturales esencialmente diversas correspondientes a una "sociedad de consumo" una, y a una contestación radical de la sociedad otra. El rápido desplome del régimen imperante abrió de repente nuestras puertas a esas dos concepciones culturales básicamente diversas a las anteriormente conocidas entre nosotros. Las nuevas "concepciones del mundo" chocan así con la concepción tradicional previa.

Nuestra concepción tradicional del mundo puede resumirse, en esfuerzo heroico de simplificación, en la aceptación incontrovertida de las costumbres y valores del pasado y de la autoridad de los hombres mayores ejercida en ese tono temerario y apasionado que en el campo sexual llamamos "machismo".

A esa "concepción del mundo" tradicional, tan arraigada históricamente en nuestra cultura y tan activa aún en nuestro presente, se oponen casi de repente dos nuevas tendencias culturales. La primera de ellas tiene en el mundo actual una extensión cada vez mayor. Es la cultura típica de una "sociedad de consumo".

La "sociedad de consumo" se caracteriza por la alta evaluación de un disfrute sibarítico de la enorme gama de bienes y de servicios casi superfluos que la técnica nos regala continuamente, y por el rechazo total de toda sujeción en la conducta individual a las normas del pasado. Como consecuencias de esta corriente cultural tenemos que constatar la equiparación de los sexos en la conducta, la emancipación de jóvenes respecto a las costumbres de nuestros "mayores" y la crítica despiadada a los conceptos esenciales de la "concepción tradicional del mundo". Canales de transmisión de esta cultura del consumo son los medios de comunicación social —cine y televisión sobre todo— que ponen delante de nuestros ojos un mundo nuevo de etiqueta foránea (cínicamente pudiéramos decir "made in U.S.A."), pero de evidente arrastre entre nosotros.

Los padres de la familia tradicional, prácticamente los de todos los jóvenes entre 14-23 años, sobre todo en los medios económicamente privilegiados de la nación, no han podido reaccionar fácilmente ante un cambio tan radical en la concepción de la familia. Ni las normas de conducta que ellos aprendieron valen para una situación tan nueva, ni su autoridad es acatada, ni la "concepción del mundo" que pueden ofrecer resulta aceptable. El con-

flicto "padres-hijos" alcanza así proporciones extraordinarias precisamente entre la juventud estudiantil de los colegios privados, primera juventud a que por el poder económico de sus padres llega la nueva ola de la "cultura de consumo". Un estudio publicado en la revista ESTUDIOS SOCIALES nos habla de un increíble 82% de alumnos de colegios privados que afirma que "el padre no habla con sus hijos de sus problemas" y de un 83% que niega que "los padres comprendan a los jóvenes". La juventud estudiantil de los Liceos, que a pesar de su inferioridad económica respecto a los alumnos de los colegios privados pertenecen a sectores muy por encima del promedio económico nacional, coincide en un 66% y en un 74% con el juicio negativo de sus colegas de los colegios privados respecto a la capacidad de diálogo y de comprensión de sus padres.

Hay otro campo, donde el conflicto entre padres (varones) e hijos originados por el choque de la cultura de consumo con la cultura tradicional, es aún más manifiesto: el campo de la conducta moral del padre. Nuestra cultura tradicional es, indiscutiblemente, moralizante en teoría pero con una doble moral: la moral de la mujer —que debe ser santa— y la del hombre, adúltero sobre todo, a quién se le reconoce y se le excusa una incontrolable tendencia al donjuanismo, por no decir al machismo.

La nueva "cultura del consumo" no es ciertamente moralizante, ni en la teoría ni en la práctica. Pero es esencialmente igualitaria para el hombre y para la mujer, y se especializa en detectar la hipocresía de una moral de costumbres que los adultos predicán y conculcan en la práctica. Las consecuencias de esta nueva actitud han sido funestas en lo que se refiere al juicio que la juventud estudiantil dominicana pronuncia sobre la moralidad del padre. El 73% de los alumnos de los Colegios privados y el 56% de los alumnos de los Liceos afirma que "en general el padre NO da buen ejemplo a sus hijos" (Estudios Sociales, 1968, p. 198). Quienes critican con razón objetiva la creciente inmoralidad de la juventud estudiantil más adinerada, no debieran olvidar nunca la inutilidad de toda crítica que no vaya acompañada por la práctica permanente de una vida relativamente ejemplar.

La otra nueva corriente cultural que experimentamos desde hace casi una década, es diametralmente opuesta a la "cultura de consumo", pero incompatible también con la cultura tradicional. Pudiéramos llamarla "revolucionaria" o "de liberación", como algunos prefieren. Lo típico de esta concepción del mundo es su rechazo radical al ordenamiento social actualmente vigente en nuestras sociedades latinoamericanas (el fenómeno es mucho más manifiesto en América Latina que en otras partes del mundo). Las tendencias revolucionarias de signo marxista o no —y éstas últimas no son nada despreciables entre nosotros— atacan uno de los pilares básicos de la concepción tradicional: la aceptación explícita de valores y costumbres del pasado y la implícita de la distribución del poder económico y del con él tan ligado poder político.

La dificultad de los padres de familia en orientar a sus hijos frente a una contestación tan radical de un mundo que es el suyo, no necesita comentarios. El conflicto político entre la concepción tradicional de los padres y la de los jóvenes, en este caso sobre todo de los jóvenes estudiantes de liceos y de la universidad estatal, es bien conocida aunque su cuantificación no

ha sido aún publicada. Podemos asegurar en base a un muestreo, aún no suficientemente elaborado como para dar cifras exactas, de 1,400 estudiantes de secundaria que la divergencia entre sus preferencias partidistas y los resultados de las elecciones es sencillamente fantástica. Nadie con un poco de experiencia en estudios sociopolíticos puede afirmar que esa desorbitante disparidad entre las preferencias políticas de los mayores y de los jóvenes se mantendrá, ni siquiera aproximadamente, en el futuro. Pero lo que sí está fuera de toda duda es la enorme dificultad que el radicalismo político plantea a la adquisición en el seno de la familia de una "concepción del mundo" que no choque violentamente con la de los padres.

b) *Ritmo creciente de urbanización y de "socialización"*.

Tanto el crecimiento demográfico como el menor control policíaco han acentuado enormemente el ritmo de crecimiento de vuestras ciudades. La concentración en las ciudades de muchos individuos que recibieron su educación en un medio rural, tiene fuertes efectos sobre la estructura familiar y sobre la educación que la familia puede dar a los jóvenes.

Este influjo es directamente visible en la incongruencia de la "concepción del mundo" campesino con el medio urbano. Los padres de familia de origen campesino se sienten impotentes para poder comunicar a sus hijos las actitudes, valores y costumbres que ellos aprendieron, pero que obviamente son irrealizables en la ciudad. Los hijos tienen que crecer así en un vacío interpretativo del mundo urbano, que origina en ellos inseguridad y falta de compromiso con normas y valores.

El joven procedente de estas familias que logra estudiar va relleno con extraordinarias dificultades ese vacío. Pero al hacerlo se aparta del mundo cultural de sus padres. El conflicto entre la pasividad y la aceptación de los padres y la inquietud y espíritu crítico que genera todo estudio prolongado es insoslayable. En el mejor de los casos padres e hijos viven mundos distintos. Pero, en general, reinará un ambiente de desconfianza y de incomprendimientos mutuos que afectan profundamente el equilibrio emocional del joven.

El influjo de la urbanización no se limita al caso de las familias que emigran de los campos a la ciudad. La misma familia urbana ve perder una gran parte de sus antiguas funciones que pasan a ser responsabilidad de instituciones sociales especializadas. Este fenómeno —multiplicación de instituciones sociales con funciones muy específicas— es lo que aquí llamamos "socialización". Por ejemplo, hasta hace unas décadas la familia no era sólo el hogar donde se come, se duerme y se habla. La familia era a la vez escuela, centro de diversiones, hospital y aun lugar de trabajo para el jefe de familia, quien ejercía una autoridad prácticamente ilimitada sobre sus hijos. La complicación de la vida urbana y la especialización del trabajo ha ido quitando a la familia muchas de las funciones que antes tenía. La escuela se encarga de la enseñanza de los hijos, el cine, el radio y la televisión del entretenimiento, el hospital del cuidado de los enfermos, etc etc. Cada día la familia urbana tiene menos funciones y consiguientemente menos autoridad basada en funciones.

¿Quiere decir esta pérdida de funciones que la familia urbana tiene

que resignarse a ver reducido su influjo sobre los hijos? No necesariamente. Los padres en una familia urbana tienen aún, y no es previsible que esta situación cambie sustancialmente, el papel importantísimo para los jóvenes de darles por una parte el efecto y la confianza que una sociedad funcional no puede dar, y por otra parte ayudarles en diálogo permanente y comprensivo a interpretar toda la experiencia que van acumulando fuera del hogar.

Los padres podrán fracasar en esta misión. Pero si fracasan es cierto que los jóvenes harán esa interpretación del mundo en una soledad afectiva casi total y con carencia de toda guía experimentada. Tendrán que unirse con otros jóvenes para hallar el afecto y el ambiente donde puedan crear su "concepción del mundo". Pero esta concepción del mundo será entonces ciertamente distinta de la de las personas mayores de su sociedad. Más aún, opuesta a ella. Será además necesariamente unilateral y probablemente irrealista y, por lo tanto, portadora del germen de una frustración segura en la edad adulta. La vida no perdona.

Desgraciadamente esto parece estar sucediendo entre nosotros. La situación en las dos grandes ciudades del país —Sto Domingo y Santiago de los Caballeros— en lo tocante al diálogo creador y comprensivo entre hijos y padres es mala. Probablemente no puede ser de otra manera. El choque entre las nuevas culturas y la cultura tradicional con la impreparación consiguiente de los padres para entender las nuevas corrientes culturales, y el rapidísimo ritmo de urbanización y de socialización nos ha sorprendido impreparados. Pero la comprensión de las causas del fenómeno no puede engañarnos respecto a su magnitud. En franca oposición a otras zonas menos urbanizadas del país presentan Sto. Dgo. y Stgo. los más altos porcentajes negativos en las respuestas de los jóvenes estudiantes a preguntas tales como el diálogo de los padres con los hijos, el ejemplo que les dan, la comprensión de los jóvenes y el cuidado que tienen de ellos. Esos porcentajes negativos son 71%, 63%, 77%, y 46% para toda la república mientras que para Santo Domingo los valores negativos son respectivamente 79%, 69%, 85% y 56%, y para Santiago 74%, 61%, 84%, y 45%. Todos los otros valores para las restantes zonas del país son muy inferiores (Estudios Sociales, 1969, pp. 196-203).

c) Voy a indicar, por último, aunque muy brevemente, otro cambio social de la última década que tiene fuerte repercusión en la familia: el *descrédito de la autoridad* como consecuencia de la pasada y prolongada dictadura. Este fenómeno no es, por supuesto, exclusivo de República Dominicana. Concienzudos estudios sociológicos realizados en Alemania han demostrado hasta la saciedad que la tiranía nazi y su aceptación, de grado o por fuerza, por casi todas las instituciones sociales del tiempo tuvo efectos deletéreos sobre la autoridad del Estado y de los padres de familia.

La juventud es más exigente en juzgar la conducta de los mayores que en juzgar su propia conducta. Así debe ser. Sin la experiencia personal de lo que es una auténtica dictadura cae fácilmente en la tentación de juzgar sumariamente la no-resistencia de las personas en autoridad y de sus mismos padres.

Todo esto hace más difícil aún la misión de los padres en la educación y orientación de los hijos.

Pudiéramos hablar aún de otros cambios de trascendencia para la fa-

milia dominicana —la actitud, por ejemplo, mucho más comprometida con la Sociedad de la Iglesia ha desorientado en muchos casos, a los padres de familia en su concepción del mundo religioso. Pero creo que los cambios sociales antes analizados nos dan una idea suficiente sobre la modificación causada por ellos en la función educadora de la familia respecto a la juventud dominicana.

Resumiendo el proceso de nuestra exposición podemos decir que el niño recibe de la familia su primera "concepción del universo" para ponerla en duda durante su juventud hasta llegar a su propia "concepción del mundo". En tiempos de crisis sociales de apreciable magnitud los padres, educados en otros tiempos, no pueden ofrecer a sus hijos los elementos materiales apropiados para interpretar objetivamente el mundo cambiado. Esta situación se ha dado en república Dominicana, donde en la última década la familia ha tenido que abrirse repentinamente a dos concepciones culturales en pugna con la concepción tradicional del mundo: una cultura de consumo con fuerte énfasis en el hedonismo y en la liberación del individuo —sin distinción de sexo— de toda norma de conducta social tradicional, y una corriente revolucionaria que lucha por el cambio radical de las instituciones sociales y políticas tradicionales. La primera concepción del mundo se hace sentir más fuerte mente en la juventud estudiantil de Colegios privados; la segunda en los alumnos de Liceos. En ambos casos los padres sólo pueden contribuir a la orientación de sus hijos ofreciéndoles una seguridad afectiva y una atención comprensiva en sus esfuerzos por interpretar la sociedad. Esta actitud de los padres no se está dando en escala apreciable en República Dominicana. Como además la familia en el proceso de creciente urbanización y de "socialización" ha perdido muchas de sus antiguas funciones y la autoridad derivada de ellas, y en general toda autoridad sufre como consecuencia de la dictadura pasada una pérdida de prestigio, existe una separación entre el mundo de los hijos y el de los padres. En su aislamiento afectivo y carencia de guía orientadora la juventud tiende a crear su propia subcultura en oposición más o menos marcada a la de los padres.

2— *La opinión de los estudiantes sobre la familia.*

Hemos estudiado hasta aquí el influjo de la familia sobre el joven partiendo de consideraciones sociológicas generales. Ese influjo debe haber cambiado la imagen que de la familia tiene el joven dominicano. ¿Ha sucedido esto en realidad? ¿Concibe hoy el joven estudiante dominicano lo que debe ser un hijo, una hija, una madre o un padre de forma distinta a como lo hacía ayer cuando aún no se habían efectuado los cambios sociales que acabamos de analizar?

El Centro de Investigación y Acción Social ha realizado una amplia investigación sobre este punto. Los resultados preliminares de la misma en las ciudades de Santo Domingo, Santiago de los Caballeros y San Pedro de Macorís nos ofrecen un cuadro bien interesante, que vamos a exponer, demasiado sumariamente, en sus rasgos cualitativos principales (el estudio cuantitativo pormenorizado tardará aún varios meses en ser terminado).

Los resultados logrados nos muestran tendencias distintas entre los muchachos y las muchachas tanto en los liceos como en los colegios. En gene-

ral los cambios sociales inducidos en la concepción de la familia son sustancialmente mayores en los muchachos que en sus compañeras de estudio.

Sumariamente podemos decir que *las muchachas* de los seis liceos y de los 15 colegios estudiados preferirían que sus hijos les consulten sus problemas a que las respeten y obedezcan. De sus hijos *varones* desearían ante todo "honradez y buena conducta" y en menor grado "religiosidad". Lo que menos desearían en ellos es "interés social y político" y después "iniciativa, espíritu de empresa". Otras cualidades como "valor" y "respeto a la mujer" no alcanzan ni adhesión entusiasta ni repudio decidido; sencillamente interesan menos. Las muchachas de los liceos tienden a aceptar la opinión de que "lo más importante para un hombre es no tener miedo a nadie ni a nada", mientras que las muchachas de los colegios tienden a rechazarla o a calificarla. Las alumnas de los liceos se muestran mucho más benevolentes con las fallas morales de los hombres que con las de las mujeres, mientras que sus colegas de los colegios privados no tienen, con cierta frecuencia, la misma opinión. De sus *hijas* desearían ante todo "honradez, buena conducta" y "religiosidad", y menos que nada "interés social y político" o "iniciativa, espíritu de empresa". En otras palabras las muchachas no hacen gran distinción entre las cualidades que desearían de sus hijos y las que quisieran de sus hijas.

De sus *padres* desean las alumnas que "den a sus hijos buen ejemplo de vida" y que "se ocupen económicamente de la familia", mientras que lo que menos esperan de ellos es que "sea cariñoso con la familia" en los colegios y que "aconseje religiosamente a los hijos" en los liceos. La *madre* debe ante todo "dar buen ejemplo a sus hijos" y después entre las alumnas de los liceos "ser cariñosa con la familia" mientras que las alumnas de los colegios prefieren que "aconsejen moralmente a los hijos". Las cualidades universalmente menos deseadas en la madre es "que se ocupe económicamente de la casa" y "que mantenga la casa limpia y en orden". Hasta aquí la opinión de las muchachas.

Los *muchachos*, en cambio, se muestran relativamente a las muchachas más inclinados a que los hijos los respeten y obedezcan que a que hablen con ellos de sus problemas, y mucho menos dispuestos que ellas a admitir que lo más importante en el hombre es el valor o en la mujer la buena fama. Pero la diferencia más llamativa respecto a las muchachas la encontramos en la notablemente más baja evaluación que otorgan a la "religiosidad" entre las cualidades preferidas en hijos, hijas y padres. Esta baja evaluación de la religiosidad es más marcada entre los alumnos de liceos que entre los alumnos de colegios. Los otros rasgos preferenciales no se diferencian cualitativamente —aunque sí existen apreciables diferencias cuantitativas— del cuadro descrito por las muchachas.

La diferencia *regional* más llamativa es quizás la mayor evaluación de la moralidad y de la religiosidad en Santiago y del interés social y político en San Pedro de Macorís.

Respecto al *tipo de educación* merecen resaltarse como características diferenciadas la casi idéntica evaluación de las muchachas de colegios privados y en los alumnos de los liceos una tensión entre religiosidad (que en un grupo alcanza notable aceptación mientras es rechazada claramente por otro grupo) y el interés social y político.

Pero en líneas generales el resultado más sorprendente del estudio en lo tocante a la opinión de los jóvenes sobre el ideal de la familia es la *adhesión de una gran mayoría de ellos a ideales y valores de la cultura tradicional*. Esta afirmación es mucho más exacta en el caso de las muchachas que en el de los jóvenes. En efecto, la tendencia moralizadora general —el “ejemplo de vida” obtiene constantemente los más altos honores—, la imagen de la mujer en la familia y la bajísima evaluación tanto del interés social y político como de la iniciativa y el espíritu de empresa como cualidades de los hijos y de las hijas son rasgos típicos de nuestra “concepción tradicional del mundo”. Esta perseverancia de la cultura tradicional no se extiende, ciertamente, a todos los órdenes. Sobre todo en el campo religioso se percibe una rebelión, sobre todo entre los muchachos, o por lo menos, una separación entre moralidad y religiosidad atípicas de la cultura tradicional. Pero, con todo, resulta muy difícil negar el predominio de la cultura tradicional en el campo familiar. Este resultado es especialmente intrigante cuando se recuerda la magnitud de las cifras negativas sobre la conducta y sobre la capacidad de comprensión de los padres respecto a sus hijos. A juzgar por estas cifras el conflicto entre padres e hijos es muy fuerte. En cambio las opiniones de los jóvenes sobre lo que deben ser los miembros de la familia nuclear no revelan una divergencia tan profunda entre el mundo de los adultos y el de los jóvenes.

Una explicación de este fenómeno interesante podría ser, a título de hipótesis, la identificación del problema revolucionario y social como factor dominante en la crisis padres-hijos. Sin embargo, la baja evaluación del “interés social y político” no evalúa esta interpretación.

Quizás más prudente sería interpretar el conflicto padres-hijos como una negación o una incapacidad de los padres a tratar con sus hijos en forma amical, y no autoritativa, los nuevos problemas de una sociedad en cambio. Los jóvenes rechazan el autoritarismo e incluso la mala conducta de sus padres, o su insistencia en urgir costumbres trasnochadas, pero sin poner en tela de juicio aún —y éste aún hay que subrayarlo— muchos de los valores y de las actitudes matrices de nuestra cultura familiar tradicional.

Pero, aun en este caso, queda como problema permanente para los padres de los jóvenes de hoy la necesidad de ofrecerles comprensión, afecto, confianza y guía modesta —muy modesta y muy discreta— en la difícil tarea de interpretar un mundo social tan distinto del que fué el nuestro. Lo que no podemos intentar en modo alguno, so pena de condenarlos y de condenarnos con ellos a nosotros mismos a una posición aislada, irrealista y violenta, es querer obligarlos a aceptar como única explicación del mundo la que nosotros tuvimos ayer. Sencillamente porque es incompleta. Porque no camina. . . El que de nosotros pueda cambiar su “concepción del mundo” que la cambie y que camine con ellos no contra ellos.